

Si hoy nos ha venido á las mientes el bosquejar á grandes rasgos esa historia y contar esas anécdotas, es porque hace algún tiempo nos amenazan con edificar una pequeña capilla en la gran iglesia. Quiero hablar de la nueva Academia soñada por Edmundo de Goncourt, y cuyos estatutos tiene ya arreglados. Se compondría únicamente de diez inmortales designados por él, á saber: Veillot, Barbey de Aureville, Alfonso Daudet, Emilio Zola, Guido de Maupassant, Julio Vallés, Richepin, en cuanto á la parte literaria; respecto á la parte artística, el marqués de Chenevière y Pablo Burty, etc. El fundador dejaría en su testamento una pensión anual de seis mil francos á los candidatos de su elección, con la cláusula expresa de no formar nunca parte de la Academia Francesa.

Dejo á otros la tarea de apreciar ese proyecto. Yo por mí sólo quiero ver en él un pensamiento delicado, una manera ingeniosa de hacer un legado, de dejar un recuerdo á algunos hombres de verdadero talento, que han sido amigos de Goncourt y participado de sus ideas artísticas y literarias.

Incendio de Viena.

Escribiendo para Viena, yo debería sin duda hablar sólo de París, para hacer olvidar á los habitantes su ciudad, tan dolorosamente herida, abrumada, siempre en duelo. Me falta valor para eso: mi pensamiento está todavía allí, cerca de ellos, con ellos, y además, desde la noticia de ese terrible incendio, de ese desastre, cuantos aquí me rodean participan de iguales impresiones. No se habla sino de semejante infortunio; nuestros periódicos están llenos de todos sus pormenores; en este momento París está en Viena.

Sin duda, tiempo há que allí se ha leído el mensaje enviado por la prensa parisién al

burgomaestre de la ciudad; y sin duda también, allí se sabe que se redactó en casa de la señora de Adam; pero nadie ha dicho los pormenores de aquella reunión de hombres de letras y de directores de teatros. Tuvo lugar en el boulevard de Poisseinière, número 23, no en las grandes habitaciones ocupadas por la señora de Adam, donde ella da sus comidas y sus saraos, sino en el piso bajo; en el fondo de un patio, en las oficinas de la *Nueva Revista*. Apenas si había sitio para contener á la multitud que de todas partes había acudido; así, en cuanto la sala de la redacción estuvo llena, fué menester habilitar la pieza inmediata que sirve de vestíbulo.

La señora de Adam, graciosa como siempre, más joven que nunca, estaba sentada en el frente de la gran mesa de verde tapete tradicional, y tenía á su derecha á Bapts, del *Diario de los Debates*, y á su izquierda á Vuhrer, director de *El Sol*. Todos los periódicos estaban allí representados, desde los más acentuados hasta los de matiz más flojo. Aquello era un verdadero arco iris político. Las rivalidades, las animosidades, se borra-

ban para dar lugar á un sentimiento común; el de la simpatía por la desgracia.

A los directores de los periódicos pronto vinieron á unírseles el administrador de la Comedia Francesa, Perrín, Vaucorbeil, gran maestro de la Ópera, Cárlos de la Rounat, director del Odeón, Pablo Cleves, de la Puerta San Martín, el director de Variedades, Bertrand, acompañado de Delcroix, del Palacio Real, Cautín, de los Bufos, Emilio Abraham, que representaba á Víctor Koning, director conjunto del Gimnasio y del Renacimiento. Todos se reunieron para ofrecer su teatro, sus artistas, caso de decidir el organizar alguna representación dramática, á fin de aliviar los infortunios de Viena.

Empieza la discusión, que muy pronto se anima y vuelve confusa, porque cada cual quiere concurrir á esa obra de beneficencia, y cada cual tiene su idea, presenta un proyecto. Mas poco á poco el asunto se aclara, el modo se fija, y queda decidido que se hará una gran fiesta, precedida de una representación dramática, en el teatro de la Ópera. No es arriesgado asegurar que será grandemente productiva; pero no es una

suma de dinero la que pretendemos enviar á Viena, sino un recuerdo, una señal de simpatía, el óbolo del artista.

Levantada que fué la sesión y la concurrencia menos numerosa, se formaron grupos en cada ángulo de la sala, y naturalmente la conversación recayó sobre incendios. No faltó quien recordase los diferentes desastres de los teatros de medio siglo á esta parte: el fuego asola sucesivamente el de la Puerta San Martín, en París, el Real de Londres, el de Colonia en 1849, el circo Rings de Berlín, en 1853. Después toca su turno de destrucción á los Estados-Unidos: la sala de espectáculo de Cincinnati, el teatro Francés de Nueva-Orleans, cesan de existir; y el fuego vuelve á Europa, y continúa su obra en Altona, Gratz, Augsburgo, Carlsruhe, Edimburgo; la Ópera de París y el teatro de Niza.

Este último desastre es el que más recuerda el de Viena: una explosión de gas fué la causa. Los espectadores de la tercera y cuarta galería perecieron en masa. ¡Qué cosas no se dijeron entonces! ¡qué de consejos no se dieron! ¡qué de medidas no se propusie-

ron para lo sucesivo! Contemos: supresión de ciertos asientos que impiden la circulación, faroles de aceite en los corredores para guiar á la multitud, si el gas se apaga súbitamente; nuevas puertas de salida á la calle; en la fachada delantera de los teatros, en los pisos altos, balcones ó abrigos exteriores que puedan servir de refugio á los espectadores; telón metálico para aislar más pronto y fácilmente la sala del escenario. ¿Se han tomado ya esas medidas? No. ¿Á qué se aguarda? A un nuevo incendio sin duda.

Cada uno expresaba su idea.

—Siempre es en el escenario—observaba Wuhrer—donde se declara el incendio. ¿Por qué? Porque allí se acumulan materias inflamables, decoraciones de madera ligera, lienzos pintados, muebles frágiles. ¿No se podrían acaso barnizar esos objetos con alguna esencia que los hiciese inaccesibles al fuego, así como ciertas telas son impermeables?

—Pero ¿existe esa esencia preservadora? preguntó alguno.

—Sí, existe—le respondieron.—Sólo que

se hace uso de ella en pequeño, para casos particulares, en vez de emplearla para todo en grande. Así, por ejemplo, en un drama, si con arreglo á su papel debe un artista atravesar las llamas, arriesgando quemarse, se le unta con ciertas composiciones químicas que le hacen invulnerable. Extiéndase la aplicación de este sistema, llámese en su auxilio á la ciencia, pídale su concurso, sobre todo sin mirar al costo, olvídense la rutina, y las decoraciones, telones, trajes, estarán al abrigo del fuego, al menos durante algunos instantes, dando tiempo á desocupar la sala sin prisa, sin furia, sin aturdimiento.

—Verdad es eso—replicaba Vaucorbeit.— Pero, admitiendo que se adopten esos medios, ¿se persistirá en ellos? Al cabo de poco tiempo, olvidado el peligro, no faltarán mil razones para volver á las costumbres pasadas y descuidar toda precaución. Recuerdo que, después del terrible accidente ocurrido en la escena de la Ópera á Emma Livry, en cuyo traje prendió el fuego, causándole tan crueles quemaduras que murió de ellas, ordenó la Dirección del teatro, por

decreto del ministro, que en lo sucesivo las ropas de punto y cendales de las bailarinas estarían impregnadas de una sustancia ó esencia que resguardase de la acción de la llama. Durante seis meses, esas órdenes fueron cumplidas; luégo las bailarinas se quejaron de que sus calzones de punto carecían de flexibilidad elástica, hacían pesados sus movimientos, sus actitudes de danza, con perjuicio de su garbo y gracia, y poco á poco, una tras otra, volviéron á sus antiguas ropas. Cuando alguna nueva bailarina sea quemada, quizá vuelva á ponerse en vigor el reglamento... durante algunos días.

Nada más exacto: naturaleza nos hizo tales, que el tiempo borra el recuerdo de las mayores catástrofes. Se clama, se llora, todo es desolación y espanto, luégo el olvido. Nunca las desgracias del prójimo han servido de escarmiento. Cada cual espera que, en cuanto á él, no habrá contingencia de catástrofe.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO